

LI

Ignacio



Capítulo 1

Me desperté confundido, mareado. Me despierto un muñeco roto.

Camino por el taller, con mis articulaciones chirriando, caigo en la cuenta que las escucho pero no siento nada. Cerca hay un espejo, en efecto, soy un granadero.

Un granadero rojo, un soldado roto. Sin rifle ni brazo pero con boca y ojos ¿recito? pienso. Puedo escuchar mi voz si hablo, pero no siento el tacto. Mi pintura agrietada por el uso, mi piel mate, mi camisa rota. En mi pecho, casi imperceptible, un pequeño agujero. Tiene el tamaño de un puño y está en el centro del tórax. Debería de doler, pero no lo hace.

Camino por el taller, herramientas tiradas, partes de muñecos adornan el paisaje. Virutas de madera como testigos, armas, brazos manos, todo yace en el suelo sin ningún tipo de orden aparente. Cuando por fin lo entiendo, un calambre en el estómago me deja tumbado.

Camino, nunca paro de caminar. El taller es enorme, hay otros como yo, muchos esperan ser reparados, otros aceptan el destino, y refugiados en esquina sin luz, esperan sin emitir ruido o movimiento. He hablado con algunos, la mayoría evitan hasta mirarme, casi ninguno me responde. No he encontrado otro que camine como yo, que lo disfrute.

Medianoche, la luz del creciente de la luna atraviesa el taller como una enorme aguja, puedo ver las estrellas a lo lejos a través de las ventanas. Abajo, en el suelo, la luz decanta en una figura, ¿una marioneta? No parece tener hilos. Me acerco lentamente. No es una muñeca de porcelana, es de madera opaca, oscura, resistente, altiva.

No tiene hilos, es una muñeca, preciosa. No como un diamante, sino como el despertar con el lento barullo de una tormenta de fondo, preciosa como

caminar por la noche, como deambular sin destino.

Advierte que estoy cerca y me sonrío, tan natural que un escozor me recorre entero. Me presento y le digo que soy un granadero, un soldado. Ella ríe, me responde que es bastante obvio.

Me acerco y me invita a sentarme — ¿Qué que hago?— Respondo balbuceante, medio aturullado, escuché la pregunta a medias. — Camino, me gusta caminar.

— A mi también — Me suelta sin mirarme, con los ojos cerrados la cara hacia la luna.

Hablamos.

Cuando está a mi lado, se me seca la boca, se me rompe la risa, se me crisan los labios. Se me tensan los músculos. Me olvida el pasado, y casi pierdo el sinsentido. Me encuentro en sus ojos, en esos pozos azules graciosos y verdaderos. Creo que ... Siento.

Que precioso.

Caigo en el delirio, me escondo del mundo, así nada puede verme o cazarme, o pedirme o renegarme.

Me acarician manos fuertes, forjadas y curadas. Antes rota, ahora cicatrizada, cuan increíble, cuán admirable. Aunque despedazado mis articulaciones aun me unen. La disciplina vanidad y voluntad, empujan mis banderas, empujan hacia adelante.

Ella es viento de la libertad, ¿que otro nombre que el de viento? Me fallan las letras, se me consume el tiempo. Nada puede atraparla, tampoco creo

querer. Lo que sé, es que al terminar esta noche se irá, así me lo dicen sus ojos, debajo de ellos solo hay miedo.

Su camino sigue al de la luna ¿como seguir a la luna? no puedo, solo disfruto de su abrigo, risas y caricias.

¿Cómo seguirla? Marcho al sur, marcho a paso ligero. En tierras australes ya no hay más destierros, ni arreglos, ni talleres.

Quizás allí la encuentre, reposando bajo la luz de la luna.